

Discutiendo las narrativas históricas del progreso: hacia una historia “anarquista” de las sociedades del Próximo Oriente antiguo¹

Horacio Miguel Hernán Zapata

Universidad Nacional del Nordeste

Instituto Superior de Formación Docente “Profesor Agustín Gómez”

El 19 de julio de 2024 falleció, a sus 87 años, James Campbell Scott, reputado antropólogo y politólogo estadounidense especializado en política comparada y en el estudio de las sociedades agrarias y no estatales de diferentes lugares y épocas. Fue un referente indiscutible en los estudios sobre el Estado y las sociedades rurales. Su obra, marcada por un profundo interés en las dinámicas de poder y las resistencias populares, ha tenido un impacto significativo en las ciencias sociales. Sin embargo, su pensamiento no surgió en un vacío, sino que fue articulándose dentro de un clima de ideas que, desde mediados del siglo XX, vio nacer a figuras relevantes del pensamiento social y político contemporáneo, como Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Clifford Geertz y Edward Said.

Para aquellos pensadores como para James C. Scott, a pesar que ninguno de ellos se identificó abiertamente como marxista, el pensamiento de Marx fue una referencia fundamental para sus investigaciones. Se mostraron escépticos ante las promesas del Estado moderno y sus mecanismos de control, analizaron las formas en que el poder se ejercía de manera sutil y cotidiana y mostraron cómo las estructuras de poder invisibilizaban a ciertos grupos sociales. Al mismo tiempo, sus cuestionamientos hacia los fun-

damentos mismos de la modernidad y su oposición a los grandes relatos universalistas del progreso los animó a cuestionar las dicotomías simplistas del discurso moderno (como razón/emoción, civilización/barbarie, desarrollo/subdesarrollo, etc.), del mismo modo que la búsqueda que emprendieron por comprender la complejidad de las sociedades y las múltiples formas de conocimiento los llevó a dialogar –o discutir– con la antropología, proceso fundamental para construir una mirada más densa y cercana a las realidades sociales y culturales que estudiaban. No debe sorprendernos entonces el hecho de que la mayoría de estos pensadores se hayan interesado por las culturas locales y marginales, las tradiciones principales obras orales y las formas de conocimiento no institucionalizadas.

En efecto, con sus cinco décadas de escritos sobre cuestiones de resistencia local al control estatal y la planificación estatal, Scott formó parte de esa generación de intelectuales que, a través de diferentes trabajos, sobresalieron por haber desafiado las visiones dominantes sobre el poder, la cultura y la sociedad. En esa dirección, los libros de Scott constituyen una prueba de las anteriores afirmaciones al trazar un enfoque innovador en el estudio de las distintas formas en que la gente común evade los mecanismos del poder en lugar de someterse a las estructuras hegemónicas. Así, en su obra seminal, *The Moral Economy of the Peasant* (1976), bajo el influjo del enfoque del historiador marxista inglés Edward P. Thompson, Scott desarrolla por primera vez sus argumentos y críticas al concepto de falsa conciencia en el contexto del análisis de las relaciones campesinas con los terratenientes y la “economía moral” de las definiciones tradicionales de subsistencia aceptable y el cálculo campesino de riesgo y recompensa aceptables.

Visto en perspectiva, aquel temprano trabajo ya anticipa algunos de los temas y problemas que serán desarrollados en profundidad en dos de sus posteriores libros: *Lo que ve el Estado* (2022 [1998]) y *El arte de no ser gobernados. Una historia anarquista de las tierras altas del sudeste asiático* (2024 [2009]). En el primero, el autor critica la tendencia de los Estados a imponer modelos de organización social y económica que, aunque parecen racionales y eficientes a primera vista, a menudo resultan desastrosos. A través de diversos ejemplos históricos, desde la agricultura soviética hasta la urbanización forzada en África, demuestra cómo estos proyectos, basados en una visión simplificada y a menudo errónea de la realidad, terminan destruyendo las formas de vida locales y generando una serie de problemas sociales y ambientales. Por su parte, en la segunda obra, Scott explora la historia de las comunidades que han resistido durante siglos los intentos de los Estados por controlarlas. A través de una serie de estudios de caso en el Sudeste Asiático, analiza las estrategias que estas comunidades han utilizado para mantener su independencia y preservar sus formas de vida tradicionales. Este último libro exhibe dos importantes logros: por un lado, explica de forma convincente que los académicos tienden a ignorar en gran medida estos actos de resistencia y transcripciones ocultas debido a que permanecen “fuera del radar” de los relatos oficiales y de las prácticas de registro de rendición cuentas; y, por otro, demolió el mito de que muchas personas vivían fuera del Estado simplemente porque nunca habían estado expuestas al don de la civilización y, en cambio, demostró que los pueblos no estatales buscaron activamente evitar el Estado y sus impuestos, el reclutamiento y el trabajo forzado. El último libro de James C. Scott, *Contra el Estado: una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo*, objeto de esta reseña, aunque situado en un tiempo lejano, continúa con su empresa intelectual.

Para empezar a entender de qué va *Contra el Estado...*, es preciso que nos detengamos en el título original en inglés del mismo: *Against the Grain*. Además de ser ligeramente

diferente, este curioso título, que puede traducirse literalmente “contra el grano” o “contra el cereal”, se comprende en el marco de la enunciación de uno de los principales argumentos planteados por el autor: la facilidad que ofrecían los cereales para ser gravados por los primeros Estados. Volveremos más adelante sobre este aspecto puntual. Conviene entonces aclarar que el título en inglés incluye un juego de palabras que también significa “a contrapelo”, “a contracorriente” o “contra la opinión común”, manifestando con ello la idea de que, ya desde el mismo título del libro, Scott enuncia uno de los objetivos que caracteriza su programa intelectual de larga data: desafiar las narrativas históricas convencionales sobre la evolución y el progreso humano fundadas en la supuesta inevitabilidad y neutralidad de ciertas formas de organización y lógicas de pensamiento. Específicamente, el libro de Scott ofrece una reinterpretación radical de algunos de los principales procesos históricos de cambio que acontecieron hace varios milenios en la “Media Luna Fértil”, región que se extendía desde el Levante a través del norte de Siria hasta Mesopotamia (el actual Irak).

Según la versión historiográfica dominante en los libros escolares de historia, la domesticación de las plantas y animales condujo a una vida más sedentaria y a una agricultura de campo fijo que, a su vez, llevó directamente a la aparición y desarrollo del Estado. La difusión de esta explicación bastante simple derivó en la génesis de una pléthora de juicios de valor asociados a este proceso que fueron consolidándose en las percepciones del sentido común de la gente. Así, se volvió un hecho común mencionar que los cazadores-recolectores llevaban una existencia miserable al día, pero una vez que se establecieron en un lugar determinado y produjeron su propia comida, la vida mejoró sensiblemente: agricultura y ganadería permitieron el sustento de grandes grupos de personas y proporcionaron tiempo libre para aumentar la especialización funcional. Con el tiempo, algunas de estas aldeas aumentaron su tamaño y se convirtieron en ciudades y luego en Estados. Estos últimos fueron capaces de construir grandes obras de arquitectura monumental, sistemas de irrigación e importantes maravillas a través del arte y la escritura. Poco a poco la gente emigró a los nuevos centros urbanos en busca de oportunidades y atraídos por el esplendor de la cultura urbana. Nació así la civilización y, a partir de aquí, fue simplemente una cuestión de progreso ascendente constante hasta llegar a la cultura occidental. Dentro de esta perspectiva, la decadencia de las primeras ciudades o el colapso de los Estados tempranos siempre fueron vistos como pérdidas tremendas o bien como un momento de retroceso para el género humano.

Sin embargo, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, la aparición de nuevas fuentes con el avance de las excavaciones arqueológicas, junto con algunos trabajos pioneros en diferentes campos disciplinares en los que Scott se adentra con maestría, han ido socavando aquella antigua visión estereotipada y demostrado que las situaciones del pasado eran mucho más complejas, diferentes y contingentes de lo que se ha asumido tradicionalmente. En opinión de Scott, estas narraciones panegíricas al progreso hunden sus raíces en la propaganda de los reinos agrarios que surgieron en el valle del Tigris y el Éufrates alrededor del 3100 a. C. y, varios milenios después, al influjo del paradigma evolucionista en la construcción de los marcos explicativos de los procesos en pleno siglo XIX. A contracorriente de esta versión histórica tradicional, el propósito central del libro de Scott es argumentar que los orígenes de la agricultura, la urbanización y los primeros Estados no fueron necesariamente pasos inevitables en la historia de la humanidad hacia una mayor complejidad social y bienestar.

Si bien este politólogo de renombre admite su condición de “aficionado” en los campos de la arqueología y la historia antigua y que el libro se basa en una serie de confe-

rencias que aquel escribió y dictó en la Universidad de Harvard años antes de su publicación oficial, las conocidas virtudes de análisis y síntesis de Scott le permitieron integrar en un solo volumen las perspectivas de diversas disciplinas (como la historia, la arqueología, la biología, la demografía, la epidemiología, etc.) y los trabajos recientes de numerosos especialistas sobre Mesopotamia, Egipto y China. En efecto, apoyándose en la información provista por una masa de testimonios arqueológicos y textuales en articulación con los datos de investigaciones históricas y etnográficas, Scott presenta una obra sólida, bien fundamentada y provocativa sobre la formación de las primeras sociedades agrícolas, urbanas y estatales en la llanura meridional mesopotámica. Además de un meticuloso abordaje interdisciplinario, Scott organiza la exposición de las ideas y sus conclusiones mediante una estrategia narrativa sumamente eficaz, la cual se traduce en una organización bastante sencilla del libro que es temática a la vez que cronológica, facilitando el seguimiento y la comprensión de la trama de argumentos y reflexiones. En efecto, Scott lleva al lector elocuentemente en un viaje a través de una introducción y siete capítulos que se complementan entre sí y abordan conceptos y situaciones tan variadas como la domesticación de plantas y animales, la formación y el colapso del Estado y las poblaciones que se mantenían al margen de los centros urbanos y estatales.

Siguiendo entonces el orden dispuesto por Scott, el libro inicia con un apartado introductorio titulado "Una narración hecha jirones: lo que no se sabía", el cual resulta muy útil en tanto delimita las intenciones de la obra, establece algunas de las principales ideas y posiciones del autor y anticipa los temas y problemas que abordará en cada uno de los capítulos. Seguidamente, en el primer acápite, "La domesticación del fuego, las plantas, los animales y... nosotros", este investigador inicia su recorrido adentrándose en la etapa más profunda de la historia de la humanidad, remontándose a los momentos anteriores a la adopción generalizada de la agricultura, caracterizados más precisamente por los primeros usos del fuego como principal herramienta por parte del *Homo erectus* para obtener alimentos, cocinarlos y modificar los paisajes. En esta sección, Scott se encarga de argumentar en favor de dejar de comprender la agricultura, la adopción del sedentarismo y la formación temprana del Estado como procesos interconectados y automáticos. En cambio, recurriendo al registro arqueológico –e incluso histórico y etnográfico–, da cuenta de numerosos ejemplos de pueblos no agrícolas que habitaban en un lugar todo el año porque su entorno era lo suficientemente rico como para que pudieran vivir de la recolección de alimentos y de la caza y/o pesca sin necesidad de una existencia nómada, testimonios que le permiten afirmar que el sedentarismo precedió a la domesticación de plantas y animales y que la movilidad entre los grupos cazadores-recolectores es una tendencia, no una ley. Un ejemplo de ello lo podemos hallar en la cultura sedentaria más antigua del Próximo Oriente de la que tenemos conocimiento, los natufienses, la cual floreció a lo largo de la costa de lo que hoy es Israel hace más de trece mil años en gran parte mediante la recolección de granos silvestres y la caza de gacelas.

Siguiendo esta línea de argumentación, Scott sugiere que la domesticación fue una elección adaptativa hecha de manera gradual por poblaciones que ya poseían una amplia gama de estrategias de subsistencia, que se desarrolló de manera tardía en entornos específicos y que fue influenciada por una variedad de aspectos sociales, económicos y ambientales. En otras palabras, en lugar de abrazar la agricultura con entusiasmo, las comunidades optaron por adoptar estrategias de subsistencia que combinaban la caza y la recolección con un bajo nivel de domesticación y cultivo. Era lo mejor de ambos mundos: los cultivos proporcionaban una reserva segura mientras que la recolección añadía una variedad bienvenida. En vista de este panorama, este investigador sostiene que las explicaciones de los orígenes de la agricultura deliberada e intensiva basadas en

los argumentos de escasez y presión demográfica no resisten las evidencias disponibles para las llanuras aluviales mesopotámicas. Por el contrario, Scott propone la variante de la agricultura de retirada de inundaciones con poco trabajo para explicar cómo comenzó el cultivo con uso intensivo de mano de obra en esta región. De ese modo, presenta una descripción gráfica sumamente elocuente de la proliferación y diversidad de la flora y la fauna en las marismas de la Baja Mesopotamia, sugiriendo que estas habrían hecho posible la caza y la recolección sedentarias por parte de las comunidades que allí vivían, y que el medio ambiente regional habría permitido la agricultura sin irrigación, aprovechando las riquezas de entornos diferentes y cambiantes.

Prosiguiendo con la reconstrucción del proceso, señala que algunos grupos comenzaron a volverse cada vez más dependientes del grano cultivado con el tiempo, y hacia el 5000 a. C. había cientos de aldeas agrícolas diseminadas por la medialuna fértil. Sin embargo, una vez que esas comunidades humanas empezaron a convivir con animales domésticos y plantas cultivadas, su vida cambió definitivamente. Las múltiples implicaciones de la transformación neolítica son abordadas en profundidad por Scott a lo largo de los capítulos dos ("La transformación del paisaje mundial: el complejo *domus*") y tres ("Las zoonosis: una tormenta epidemiológica perfecta"). El autor inicia su análisis alrededor de la premisa de que la domesticación de plantas y animales puede considerarse como una dinámica que funciona en dos sentidos: en la medida en que los elementos vegetales y animales llegaron a depender de nosotros, nosotros llegamos a depender de aquellos, dedicando grandes cantidades de tiempo y trabajo a cuidarlos, garantizando su seguridad y su procreación. Las vidas de plantas y animales fueron moldeadas por la selección humana, y que pronto se volvieron incapaces de sobrevivir sin el apoyo humano. Los cambios físicos que tuvieron lugar en los animales incluyeron la reducción del dimorfismo sexual y del tamaño del cerebro. Concluye el capítulo pintando un contraste dramático entre la riqueza de las vidas de los cazadores-recolectores, libres de las ataduras de la domesticación, y las vidas relativamente empobrecidas de los agricultores, que cuidan una gama limitada de plantas y animales. Desagregando este punto, Scott advierte los grupos cazadores-recolectores, al explotar una variedad de entornos, cada uno de los cuales producía distintos tipos de alimentos, obtenían una dieta variada y nutritiva; si una fuente fallaba, las otras la compensaban. La vida era energética y saludable y el tamaño comparativamente pequeño de la comunidad militaba contra la propagación de enfermedades. Por el contrario, los sedentarios agrícola-ganaderos se volvieron menos activos, ya que tenían que desmalezar y cuidar los cultivos y cuidar de los animales que tenían cerca de la base. Al tener menos tiempo para cazar y recolectar, las dietas se volvieron más restringidas, reduciéndose en gran medida a cereales y productos lácteos, y con la disminución de los alimentos forrajeros, la variada ingesta de minerales que proporcionaban disminuyó, lo que afectó aún más a la salud de estas poblaciones, generando un deprimente panorama de enfermedades y muertes en los universos colonizados durante el Neolítico. Además de ser un mundo en el que las dietas son pobres, los niveles de inmunidad bajos y las infecciones innumerables, Scott especula cómo la proximidad forzada de personas, animales y plantas implicó la aparición de nuevos problemas de salud. La aglomeración de especies en espacios pequeños y la mala higiene hicieron que las enfermedades aumentaron, pues los patógenos (bacterias y virus) de los animales de granja saltaron hacia los humanos y prosperaron, dando lugar a epidemias y pandemias. Detrás de este sombrío escenario de enfermedades y muertes está además la noción de que el trabajo (en este caso, la agricultura de arado y la producción de cereales) es por definición aburrido y que la gente racional lo evitaría tanto como fuera posible.

A la mitad del libro, Scott se ocupa de su objeto central de discusión: el Estado. Si bien el autor no está dispuesto a ofrecer una definición precisa, prefiere más bien entenderlo como una suerte de "continuum institucional", donde ciertos elementos como "un rey, personal administrativo especializado, jerarquía social, un centro monumental, murallas de la ciudad y recaudación y distribución de impuestos" dan cuenta de la existencia de una entidad política parecida más o menos a un Estado en el sentido moderno del término. Desprovisto entonces de un concepto claro de Estado, la intención del autor en los siguientes capítulos es demostrar cómo surgieron y funcionaban los primeros Estados. No obstante, situándose en las antípodas de la matriz de la filosofía política que ha remarcado las bondades del Estado como modo de organización, Scott se ocupa de mostrar el carácter coercitivo de los primeros Estados como entidades que nacieron para controlar y explotar a los agricultores, imponiendo sistemas de escritura, impuestos y trabajo forzado. En esa dirección, Scott sostiene que para que un Estado existiera, necesitaba depender de un alimento básico que pudiera gravarse fácilmente. Precisamente, en el cuarto capítulo, "La agroecología de los primeros Estados", Scott se dedica a problematizar estos aspectos a partir de lo que denomina la "hipótesis del grano" y las implicaciones de la emergencia del Estado para las poblaciones rurales. A medida que las poblaciones crecían, nuevas aldeas colonizaron las tierras aluviales en los fondos de los valles y fue a partir de ellas que los primeros Estados comenzaron a desarrollarse alrededor del 3300 a. C. En ese contexto, la concentración sin precedentes de mano de obra, tierra cultivable y, especialmente, cereales en las aldeas neolíticas en el aluvión mesopotámico meridional hizo posible la emergencia del Estado. Si bien Scott insiste en que la agricultura no condujo automáticamente al surgimiento del Estado, recalca que no es una condición suficiente para que ello ocurra, el autor establece una conexión entre los cultivos de cereales y las tempranas organizaciones estatales. Comparando la situación de la Media Luna Fértil con lo sucedido en otras regiones (el valle del Nilo, el valle del Indo y la región de China del río Amarillo), este antropólogo puntualiza que las primeras entidades estatales de la historia surgieron en entornos ecológicos adecuados para la producción de cereales (trigo, cebada, arroz y maíz), es decir, los humedales. Según Scott, en tanto los impuestos son el núcleo de la creación del Estado, los cereales –y no los tubérculos y las legumbres– favorecieron la emergencia de lo estatal debido a que se trata de bienes visibles y accesibles excepcionalmente adecuados para el recaudador: para evaluar, contar, recaudar, transportar y almacenar.

Todo esto significa que los agricultores sedentarios de cereales pasan a estar sujetos a impuestos de una manera en que los cazadores-recolectores, los pastores nómadas, los agricultores itinerantes y otros "pueblos no productores de cereales" no lo están, porque se sabe exactamente dónde encontrarlos y exactamente cuándo se puede esperar que tengan algo que valga la pena llevarse. A través de los impuestos, entonces, el Estado se convirtió en administrador y los productores en súbditos. Asimismo, Scott destaca que las élites improproductivas que surgieron en ese sistema tenían un gran interés en proteger a los agricultores productores de cereales y a sus valiosos campos de cultivo y mantener a las poblaciones dentro de la ciudad/Estado bajo control, por lo que una parte del excedente que controlaban se invirtió en murallas y ejércitos para atender estos fines; de igual modo, promovieron la invención de la escritura como una tecnología de documentación, evaluación y rendición de los procedimientos administrativos, que hizo posible la medición, el almacenamiento y el racionamiento de los recursos.

Las acciones de medir y registrar resultan capacidades de los Estados conectadas con el control de otros seres humanos que emergen como producto de la expansión: esclavos, súbditos del Estado y mujeres de la familia patriarcal. Al respecto, en el quinto capí-

tulo, "Control de la población: esclavitud y guerra", Scott pone de relieve la importancia y la diversidad de las necesidades de mano de obra, así como los medios de adquisición de mano de obra. Es aquí donde el argumento de Scott se cruza con gran parte de su obra más conocida sobre el Estado como un intento constante de producir poblaciones legibles con fines de vigilancia y control. El autor demuestra de manera convincente que los primeros Estados eran "máquinas de población" diseñadas para controlar la mano de obra, domesticándola como un granjero domestica su rebaño. Este carácter obedece al hecho de que mantener el número de trabajadores era vital y si el número caía, había que recolectar una nueva cosecha mediante la guerra, engrosando las filas de los no libres. Las incursiones para adquirir bienes y mano de obra se convirtieron en una parte normal de la vida. Las mujeres también fueron acorraladas en las empresas estatales. Desde el granjero que pagaba sus cuotas al Estado, ya fuera como diezmo de su cosecha o como trabajo, hasta el esclavo cautivo, toda la población trabajadora estaba en algún tipo de esclavitud, y sus esfuerzos sostenían el lujo cada vez mayor en el que la élite exigía vivir. De ese modo, Scott no considera que la aparición del Estado haya significado una mejora en la vida de las comunidades humanas. Ciertamente no fue una mejora para los súbditos del nuevo Estado, quienes se veían obligados a realizar un trabajo agotador para producir un excedente de grano que excedía sus propias necesidades (y se les impedía abandonar su trabajo), y no fue una mejora para los pueblos no estatales (o, más tarde, de otros Estados) que estaban siendo constantemente conquistados y reubicados en el territorio central del Estado como nuevos sujetos domesticados para ser trabajados igual que sus animales domésticos. En respuesta, muchas personas huyeron del Estado para unirse a los "bárbaros", que prosperaron haciendo incursiones, extrayendo tributos y comerciando con los Estados, así como proporcionándoles esclavos y mercenarios.

Con la certeza de que la gente nunca optó por unirse al Estado, Scott subraya acertadamente el interés vital que tenían los Estados en impedir que las personas y los grupos intentaran optar por salirse y marcharse, y que, por lo tanto, el Estado tenía que andar por una línea muy fina. Mantener los Estados era, entonces, una tarea ardua, que normalmente implicaba coerción, trabajo esclavo y retribución y castigo para los desertores. En otras palabras, la supervivencia del Estado dependía de la capacidad de inmovilizar y administrar a las poblaciones, aspecto que constituye una demostración de la fragilidad de los primeros experimentos de dominación política. En tal dirección, Scott dedica el sexto capítulo, "La fragilidad del Estado temprano: la descomposición como colapso", al análisis de este aspecto. Con un análisis particularmente revelador, el autor plantea que en el interior de los propios Estados se hallan las semillas de su propia destrucción. Las grandes poblaciones urbanas que viven en estrecha proximidad son propensas a las epidemias, una amenaza que aumentó a medida que se desarrolló el comercio, que trajo a la ciudad a extranjeros portadores de enfermedades a las que los lugareños no tenían resistencia. Luego vino el ecocidio (la degeneración del medio ambiente por el uso excesivo), la deforestación y el pastoreo excesivo que causaron sedimentación e inundaciones que, a su vez, llevaron a una mayor salinización y al desarrollo de la malaria. Si a esto le sumamos el malestar social y la guerra endémica, es sorprendente que los primeros Estados lograran sobrevivir. De hecho, tal como el registro histórico lo demuestra, la mayoría de los Estados mesopotámicos sólo duraron breves períodos de tiempo antes de sucumbir.

Además de describir las causas del colapso, Scott se ocupa de dismantelar la visión negativa del colapso como desastre y/o retroceso de la civilización, manifiesta en el registro arqueológico y textual con el abandono y/o destrucción del centro monumental

del Estado, la desaparición de las élites, la alfabetización, el comercio a gran escala y la producción artesanal especializada. Sostiene en tal dirección que el colapso fue catastrófico sólo cuando se lo ve desde el núcleo de estos Estados. En cambio, para aquellos que se vieron arrastrados a la red extractiva del Estado de manera más o menos voluntaria, el colapso o la descentralización pueden haber significado una oportunidad de liberación de las estructuras opresivas y el regreso a condiciones de vida menos estresantes basadas en la caza, la recolección, el pastoreo o la agricultura itinerante, y un descanso de los modos de vida sedentarios y sofocantes. En línea con sus argumentos sobre la naturaleza coercitiva de los primeros Estados, Scott entiende que cuando el sistema estatal opresivo se desmantela y la población se dispersa, redistribuyéndose en un territorio más amplio, se produce una expansión fructífera y liberadora en varias direcciones, inaugurando períodos de prosperidad y bienestar para la gran mayoría. De ese modo, Scott señala acertadamente que los Estados fueron una pequeña minoría de las comunidades humanas durante mucho tiempo y que muchas personas no estatales que vivieron en sus periferias pueden haber elegido deliberadamente no formar (parte de) Estados agrarios. No es que no pudieran, sino que no quisieron hacerlo.

En su capítulo final, "La edad dorada de los bárbaros", Scott se encarga precisamente de recordar a los lectores que los primeros Estados estaban rodeados por un mar de "bárbaros", pueblos que eran esencialmente móviles y adoptaban diversas estrategias de subsistencia: caza y recolección, recolección de alimentos, agricultura de tala y quema y pastoreo. A diferencia del Estado, eran comunidades complejas y diversas, pero ambos tenían que vivir juntos en una especie de equilibrio inestable. Procurando eliminar las connotaciones del término utilizado por las elites estatales para referirse a la abrumadora mayoría de personas que no eran súbditos del Estado, Scott reconoce la persistencia y complejidad de la relación entre quienes viven encerrados en los muros de las civilizaciones y las denominadas poblaciones "bárbaras". Indica cómo estos últimos atacaban los asentamientos sin descanso, ya que dependían de los recursos generados dentro de ellos y guardados celosamente, pero a menudo de manera ineficaz, por los Estados. También llama la atención sobre interacciones más pacíficas y a veces insidiosas: los bárbaros proporcionaban esclavos, apoyo militar y una variedad de productos forestales, minerales y bienes preciosos a la población sedentaria como parte de intercambios complicados en los que la distinción entre saqueo y comercio a menudo se difuminaba. En otras palabras, hay un reconocimiento del estrecho entrelazamiento entre los bárbaros y los civilizados, lo que sugiere que se necesitaban mutuamente. Pero al final, señala cómo una relación simbiótica entre "civilizaciones" y "bárbaros" no estatales que inicialmente benefició a ambos puede haber eventualmente, a través del reclutamiento y uso de mercenarios no estatales, hecho que los estados fueran cada vez más exitosos en el largo plazo a expensas de sus vecinos.

Llegados a este punto, creemos oportuno ofrecer un balance de las potencialidades y limitaciones del libro de Scott. Por un lado, *Contra el Estado* no es simplemente otro simple manual de historia de las sociedades del Próximo Oriente antiguo; más bien, es un libro que apunta a una completa reevaluación de los fenómenos que configuraron uno de los cambios más trascendentales de la historia: el tránsito de comunidades de cazadores-recolectores a aldeas y poblados de agricultores –y con éstas el surgimiento de las primeras ciudades, los Estados y lo que consideramos la civilización en general– como el inicio de una nueva era de progreso y mejora para la humanidad. Scott ofrece ideas convincentes sobre lo novedosos y raros que eran los Estados antiguos y lo insalubres y opresivos que podían ser, así como lo frágiles que eran. Es un contrapunto eficaz a las opiniones sobre la civilización y los Estados como un "bien" automático y deseable y el

resultado del “progreso” a través de múltiples etapas discretas de desarrollo, que se difundieron desde las zonas de civilización hasta los bárbaros menos desarrollados, quienes inevitablemente querrían adoptar este nuevo estilo de vida. En tal sentido, no hay duda que esta obra contribuye enormemente a cuestionar los paradigmas evolucionistas y deterministas que han dominado durante mucho tiempo el estudio de la historia humana.

Sin embargo, es igualmente cierto que Scott está solo ofreciendo un resumen del nuevo consenso académico: la transición de bandas móviles de cazadores-recolectores a agricultores sedentarios no siguió esa progresión lógica ordenada, y fue mucho más irregular, más tenue y más bidireccional de lo que generalmente se supone. Las ideas y las pruebas sobre las que construye su libro no son nada nuevo: se basa en una lectura de la literatura arqueológica tanto en términos de los detalles concretos como de muchos de los conceptos y debates. El valor de *Contra el Estado*, entonces, no reside en haber aportado un conjunto de teorías radicalmente nuevas o de nuevos datos sobre la vieja cuestión del origen del Estado. Lo nuevo y valioso es la manera en que Scott junta las piezas –los materiales y enfoques existentes en la actualidad– y elabora un conjunto de argumentos coherentes sobre la “historia profunda” de los primeros Estados. Es una declaración completa de lo que podría llamarse una historia de los Estados agrarios del Próximo Oriente antiguo y sus alter egos anarquistas no estatales.

Al enfocar el estudio de la historia desde las perspectivas de los dominados, denuncia las formas en que el poder ha sido utilizado para imponer ciertas formas de vida y controlar a las poblaciones. Este punto muestra la manera en que esta última obra de Scott encaja en su proyecto más amplio de cuestionar los mecanismos de control y categorización de arriba hacia abajo, sinópticos y abstractos que, según él, están en la base de los proyectos estatales. En *Contra el Estado*, Scott alerta, como lo ha hecho en anteriores trabajos, sobre el modo en que los académicos contribuimos a favorecer las narrativas del progreso; en este caso, el hecho de que los primeros Estados, a diferencia de los grupos no estatales, dejaron muchos más registros para que los historiadores los reflexionaran, condicionando –cuando no limitando directamente– la reconstrucción histórica. El sesgo a favor de la “civilización” en lugar de los “bárbaros”, entonces, refleja el hecho de que, ganadores y perdedores aparte, leemos la historia desde el punto de vista de los escritores, o en este caso, los Estados (aunque parte de esta “escritura” tomó la forma de monumentos de piedra). Y si de lecturas maniqueas se trata, se podría criticar a Scott cierta idealización romántica las sociedades cazadoras-recolectoras, ignorando los conflictos internos y las desigualdades sociales que también existían en estos grupos.

Por otro lado, más allá de ser un estudio riguroso del pasado, ofrece valiosas herramientas conceptuales para analizar y comprender los desafíos del presente y proyectar posibles futuros más justos y sostenibles. Aunque se ha argumentado que Scott subestima los beneficios de la agricultura y la vida urbana, su crítica a ambos fenómenos como procesos inevitables y beneficiosos pone en tela de juicio los modelos de desarrollo predominantes, basados en el crecimiento económico ilimitado y la explotación de los recursos naturales, alertándonos sobre las prácticas convencionales con el ambiente y con las demás formas de vida y la pérdida de biodiversidad. Al mismo tiempo, al destacar la riqueza y la complejidad de las diferentes formas de vida que han existido a lo largo de la historia, Scott nos invita a valorar la diversidad cultural, a reconocer el valor de los conocimientos tradicionales y a preservar las identidades locales en un mundo cada vez más globalizado. De igual modo, pone de manifiesto la capacidad de las comunidades locales para resistir las fuerzas de la dominación y construir alternativas al

poder, lo que puede servir de inspiración a los movimientos sociales y a los activistas a seguir luchando por la justicia social y ambiental.

En conclusión, pese a algunas de las afirmaciones de Scott resultan simplistas y pueden ser discutibles, su libro ofrece una valiosa contribución tanto para el estudio del pasado como para la comprensión del presente. Respecto de la primera posibilidad, en tanto se trata de una obra bien documentada, brinda a sus potenciales lectores una perspectiva interesante y audaz de la complejidad de los procesos históricos y las diversas formas en que las sociedades humanas se han organizado a lo largo del tiempo mediante un texto claro y de fácil lectura, sin que ello signifique sacrificar rigurosidad científica. Por eso mismo, es ideal para lectores no especialistas e interesados en los Estados y los pueblos no estatales del mundo antiguo y la variedad de relaciones entre ambos mundos, temas que son objeto de recientes debates y reinterpretaciones debido a los hallazgos poco conocidos fuera de los círculos especializados. Y respecto de la segunda posibilidad, se presenta al mismo tiempo como una obra fundamental, provocadora y estimulante que trasciende el ámbito académico y tiene profundas implicaciones para nuestra sociedad. Después de todo, al leer, discutir, acordar o disentir con los argumentos de este libro, el legado de Scott de invitarnos a reflexionar sobre las complejidades del mundo social y a cuestionar las estructuras de poder que nos rodean seguirá vigente.

Notas

¹ Este artículo es una reseña ampliada del libro de SCOTT, James C. *Contra el Estado. Una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo*. Traducción de Antonio de Cabo de la Vega, José Riello y Ricardo Dorado Puntch. Madrid: Editorial Trotta, 2022 [Yale University Press, 2017], 262 pp.

